

—¡Ah! ¡Josina, eres tú, vuelves á mí!

Y, como tambaleándose, pesada, por causa de su maternidad muy avanzada, se desplomaba ella sobre el borde del lecho, comprendió su angustia mortal y la tranquilizó.

—Vuelve á mí, con el hijo querido, Josina, y no te atormentes; viviré, el doctor lo asegura, viviré para los dos.

La vida volvió á ella en un gran suspiro. ¡Dios mío! ¿Se cumplía, pues, el invencible anhelo, lo que ella esperaba de la vida que parece tan dura y que cumple lo necesario? ¡Viviría él, y aquella espantosa puñalada los había reunido para siempre!

—Sí, sí, vuelvo á ti, Lucas; volveremos á ti, y esto se ha acabado; ya nunca nos separaremos, puesto que ya nada tenemos que ocultar. Acuérdate que te había prometido volver cuando me necesitaras, cuando no fuese estorbo, sino ayuda; con este hijo querido, lazo que nos dará una fuerza nueva. Todos los demás lazos están rotos; yo soy tu mujer ante todos, mi sitio está aquí, á tu cabecera.

La alegría hizo llorar á Lucas.

—¡Ay! ¡querida Josina, el amor y la ventura entran contigo!

Pero de pronto, se acordó de Sœurette. Levantó los ojos y la vió al otro lado del lecho, en pie, un poco pálida, pero sonriendo. Con ademán cariñoso, volvió á tomarle la mano.

—Mi buena Sœurette, era un secreto que tuve que ocultar á usted.

—Tras un ligero temblor, dijo ella con sencillez:

—¡Oh! Yo lo sabía; había visto á Josina una mañana salir de casa de usted.

—¡Cómo! ¡Lo sabía, usted!

Lo adivinó todo y sintió una lástima, una admiración, una ternura infinita. Aquel amor que renunciaba, mostrando un afecto sin fin, en el don de la vida entera, le conmovía, le exaltaba como acto del más elevado, del más puro heroísmo. Quedo, casi al oído, añadió ella:

—No tema usted, Lucas; lo sabía, nunca seré más que la más fiel y fraternal amiga.

—¡Ah! Sœurette—repitió él con voz apenas perceptible;—¡ah! ¡divina y triste amiga!

Viéndole tan fatigado el doctor Novarre, intervino, y le prohibió en absoluto hablar.

Sonreía discretamente el amable doctor al enterarse de todo aquello. Le parecía muy bien que su herido tuviese una hermana y una mujer para cuidarle; pero había que ser razonable; no llamar la fiebre con tanta emoción. Lucas prometió ser muy juicioso, no hablando más, contentándose con mirar cariñoso á Josina y Sœurette, sus dos ángeles, uno á la derecha y otro á la izquierda de su lecho.

Hubo un silencio prolongado. La sangre del apóstol había corrido; aquel era el calvario, la pasión de donde iba á salir el triunfo. Vió acercarse á las dos mujeres en torno suyo, y el herido volvió á abrir los ojos para sonreirlas. Luego, al dormirse, murmuraba:

—Por fin el amor ha venido; ahora venceremos.

V

Hubo complicaciones que pusieron á Lucas en gran peligro. Durante dos días se le creyó muerto. Josina y Sœurette no se apartaban de su cabecera. Jordán se pasaba las horas sentado junto al lecho del dolor, abandonando su laboratorio, lo cual no había hecho desde la enfermedad de su madre. Desesperados aquellos tres corazones cariñosos, á cada momento temían recibir el último suspiro del sér querido.

La puñalada con que Ragú había herido á Lucas había conmovido á la Crécherie. En los talleres, á pesar del duelo, continuaba el trabajo; pero á cada instante se pedían noticias; todos los obreros se sentían solidarios, unidos á la víctima por el mismo afecto. El crimen absurdo, la sangre que había corrido, estrechaba el lazo fraternal más que varios años de expe-

ciencia humanitaria. Y hasta en Beauclair se había hecho sentir la simpatía; muchos se reconciliaban con aquel mozo tan joven todavía, tan guapo, tan activo, cuyo único crimen, aparte de su empresa de justicia, era haber amado á una mujer adorada á quien su marido abrumaba con injurias y golpes. En suma, nadie se escandalizaba de ver á Josina, muy adelantada en su embarazo, instalarse junto á Lucas agonizante. Parecía esto muy natural. ¿No era él el padre de aquel hijo? ¿No habían comprado los dos á costa de sus lágrimas el derecho de vivir juntos? Además, los gendarmes que perseguían á Ragú no habían encontrado ningún rastro; todas las pesquisas de quince días habían sido vanas; y el drama parecía desenlazado con el hallazgo del cadáver de un hombre, en el fondo de un barranco de los Montes Bleuses, medio comido por los lobos. En él se creía reconocer los restos horribles de Ragú. No pudo declararse oficialmente la defunción, pero arraigó la leyenda de que Ragú había muerto, ó por un accidente, ó por un suicidio, en la locura furiosa de su crimen. Y si Josina estaba viuda, ¿por qué no había de vivir con Lucas, y por qué los Jordán no habían de aceptarlos en su casa? Y su unión era tan natural, tan fuerte, tan indisoluble, en adelante, que ni aun más tarde pensó nadie en recordar que no estaban casados legalmente.

Al fin, en una hermosa mañana de Febrero, de claro sol, el doctor Novarre creyó poder responder de Lucas; y en efecto, pocos días después estaba en plena convalecencia. Jordán, muy contento, había vuelto á su laboratorio. Sólo quedaban allí Sœurette y Josina, muy cansadas por las malas noches anteriores; pero muy felices. Josina sobre todo, que no había querido cuidarse, á pesar de su estado, sufría mucho sin querer decirlo. Y también fué una mañana de sol de primavera, cuando los dolores, cuyas crisis disimulaba desde que se había levantado, le arrancaron un débil grito, mientras presenciaba el primer almuerzo de Lucas, el primer huevo permitido por el doctor.

—¿Qué tienes, Josina mía?
Continuaba ella luchando, pero tuvo que rendirse.
—¡Oh! Lucas, creo que ha llegado el momento,

Comprendió él; sintió una viva alegría, mezclada de inquietud al verla palidecer y vacilar.

—¡Josina, Josina, á ti te toca ahora sufrir, mas para un resultado tan seguro, para una dicha tan grande!

Sœurette acudió desde el saloncillo próximo; y en seguida habló de hacer llevar á Josina á otra parte, porque allí no había donde acostarse. Pero Lucas suplicaba diciendo:

—No, amiga mía, no me lleve usted á Josina. Voy á estar con una terrible ansiedad. A ver cómo nos arreglamos, puede ponerse una cama en el salón.

Tendida en una butaca, Josina, sacudida por grandes dolores, había hablado también de marcharse. Pero sonrió dando la razón á Lucas. ¿Cómo dejarla ahora? ¿No iba el hijo querido á remachar su unión indisoluble? Ya consentía Sœurette, cuando entró el doctor Novarre que venía á hacer su visita ordinaria.

—Vamos, llego á tiempo—dijo alegre.—Ahora tengo dos enfermos. Pero si el papá ya no me inquieta, la mamá tampoco. Van ustedes á verlo.

En algunos minutos todo quedó organizado. Había en el salón un gran diván que se arrastró hasta el medio de la habitación. Se trajo un colchón y se hizo una cama. Tiempo era; el parto vino en seguida con rapidez y felicidad extraordinarias. El doctor seguía riendo, bromeando, y sentía no haberse quedado en casa, pues la cosa iba tan bien. Por exigirlo Lucas, se había dejado de par en par la puerta que separaba la alcoba del salón; y clavado todavía en su lecho, sentido, escuchaba ansioso, anhelando oír, comprender. Preguntaba á cada minuto, ardía en deseos de saber algo. Los menores lamentos de la mujer querida que padecía tan cerca sin que él pudiera verla, le oprimían el corazón. Deseaba que respondiera ella misma; una sola palabra para estar seguro; y tenía ella valor para decir palabras entrecortadas, débiles, procurando parecer alegre, ocultar el temblor de la voz.

—Hombre, esté usted tranquilo y déjenos en paz—dijo el doctor.—¡Cuando se le dice que es una maravilla, y que jamás un hombrecito se ha presentado tan bien! ¡Porque ya lo sabe usted; será hombre de seguro!

De pronto sonó un grito ligero, el grito de la vida, una voz nueva que ascendía entre la luz.

Lucas, inclinado, todo su sér tendido hacia el acontecimiento que se realizaba, oyó el grito y sintió el corazón latir con alegría.

—¿Un hijo, un hijo?—preguntó aturrido.

—¡Espere usted!—respondió Novarre nendo.—No tenga tanta prisa. Hay que verlo.

Casi al punto, añadió:

—¡Pues sí, señor, cierto; es un niño, un hombrecillo, lo que yo había dicho!

Lucas, entonces, rebotando alegría, batió palmas como un niño y gritó cuanto pudo:

—¡Gracias, gracias, Josina! ¡gracias por el regalo! ¡Gracias te digo! ¡y cuánto te quiero, Josina!

No pudo ella responder en seguida, porque el dolor y el cansancio la tenían sin voz. Inquieto ya, repitió él:

—Te amo, Josina, y te doy gracias.

Tendido el oído hacia la puerta, pudo oír una voz muy débil, como un soplo, pero feliz y deliciosa:

—¡Yo sí que te doy las gracias, Lucas; yo sí que te quiero!

Algunos minutos después, Sœurette llevó el niño al padre para que lo besara. Era su amor tan puro, que ella también estaba radiante por toda aquella dicha, gozando una alegría sublime con la ventura de Lucas. Después de besar al niño, la dijo cariñoso y alegre:

—¡Sœurette, amiga mía, tengo que besarla á usted también; bien lo merece; ¡y estoy yo tan contento!

Y en el mismo tono respondió ella:

—¡Corriente, querido Lucas, béseme usted, todos somos muy felices!

Durante las semanas siguientes, se gozó el placer de la doble convalecencia. En cuanto el doctor permitió á Lucas levantarse, quiso éste pasar una hora en una butaca junto á Josina, todavía acostada. Una primavera precoz llenaba la estancia de sol; siempre había sobre la mesa un manojo de rosas admirables que el doctor traía todos los días de su jardín, como receta, decía, de juventud, salud y belleza. Entre los convalecientes estaba la cuna de Hilario, el hijo, que criaba

la madre. Era el niño, sobre todo, quien ahora hacía florecer su existencia con más fuerza y esperanza. Repetía Lucas en sus continuos proyectos para el porvenir, mientras esperaba poder volver á su empresa, que en adelante estaba tranquilo, seguro de fundar la Ciudad de justicia y de paz, pues tenía el amor, el amor fecundo, Josina y su Hilario. Nada se funda sin el hijo que ensancha y propaga la vida, y continúa el hoy con el mañana. La pareja que engendra es la que trabaja en la dicha humana, la que salvará á los pobres hombres de la iniquidad y de la miseria.

La primera vez que Josina, ya en pie, pudo comenzar su nueva existencia junto á Lucas, éste la estrechó en sus brazos, exclamando:

—¡Ah, tú no eres más que mía, nunca has sido más que mía, pues tu hijo es mío! ¡Henos aquí completos, ya no tememos nada de la suerte!

En cuánto Lucas pudo encargarse otra vez de la dirección de la fábrica, la simpatía que llegaba de todas partes, aumentó maravillosamente; pero no sólo el bautismo de sangre determinó el buen éxito de la Crèche; hubo además un feliz hallazgo; volvió á ser la mina fuente de enorme riqueza, pues se volvió á dar con los filones considerables de excelente mineral que daban la razón á Morfain. Se produjo desde entonces hierro y acero tan baratos y tan buenos, que el Abismo se vió amenazado hasta en su fabricación de objetos finos y caros. Toda competencia se hacía imposible. Además, el gran empuje democrático multiplicaba doquiera las vías de comunicación, la extensión sin fin de los ferrocarriles, la construcción decuplada de puentes, edificios, ciudades enteras en que el hierro y el acero se empleaban en proporción prodigiosa, creciente, sin cesar. Desde los primeros vulcanos que habían fundido el hierro en un agujero para forjar armas y defenderse y conquistar el dominio de hombres y cosas, el empleo del hierro no había hecho más que aumentar; el hierro acabaría por ser mañana la fuente de la justicia y de la paz, cuando la ciencia lo hubiera conquistado definitivamente produciendo casi de balde, plegándolo á todos los usos.

Pero sobre todo, lo que determinó la prosperidad,

el triunfo de la Crécherie, fueron las razones naturales, una administración mejor, más verdad, más equidad, más solidaridad. Llevaba en sí misma su buen éxito desde el día en que había sido creada por el sistema transitorio de una prudente asociación entre el capital, el trabajo y la inteligencia; y los días difíciles que acababa de atravesar, los obstáculos de todas clases, las crisis que se había creído mortales, eran simplemente los vaivenes inevitables del camino en los primeros días de marcha en que se trata de no sucumbir, si se quiere llegar al fin. Y ahora se veía que la Crécherie siempre había tenido fuerza, sabía para las recolecciones futuras.

Era una lección de las cosas que iba á convencerse poco á poco á todos. No cabía negar la fuerza de tal asociación al ver los beneficios crecer, y que los obreros de la Crécherie ganaban ya el doble que los de otras fábricas. Había que reconocer que el trabajo de ocho horas, de seis, de tres, el trabajo agradable por la diversidad de tareas, en talleres claros y alegres, con máquinas que podían guiar niños, era fundamento de la sociedad futura. Los míseros asalariados de ayer, se volvían sanos, inteligentes, alegres, amables. La cooperación, necesaria, suprimía los intermediarios parásitos, el comercio en que se perdían tanta fuerza y riqueza; y así, los Almacenes generales funcionaban sin choques, decuplicando el bienestar de los hambrientos de ayer, colmándoles de los goces reservados antes á los ricos. Había que creer en los prodigios de la solidaridad, que debe hacer de la vida una fiesta continua para todos, al ver las reuniones de la Casa Comunal, futuro palacio real del pueblo, con sus bibliotecas, museos, salas de espectáculos, jardines, juegos y diversiones. ¿Cómo, en fin, no renovar la instrucción y la educación, no fundándolos en la pereza, sino en el afán de saber, haciendo el estudio agradable, dejando á cada cual su energía y reuniendo los sexos, si las escuelas prosperaban tanto, sin exceso de libros, mezclando lecciones y recreos al aprendizaje profesional? El ejemplo de la Crécherie se hacía contagioso. No eran teorías, eran hechos; se iban ganando hombres y terrenos del contorno; nuevos obre-

ros se presentaban en masa, nuevas construcciones brotaban doquiera. En tres años dobló la población de la Crécherie; la población se aceleraba. Era la ciudad soñada, la ciudad del trabajo reorganizado, otra vez noble; la ciudad futura de la dicha conquistada, camino de ser metrópoli. Los talleres, todas las construcciones, crecían, cubrían hectáreas; y las casitas claras y alegres entre verdes jardines se multiplicaban. Esta ola avanzaba hacia el Abismo, amenazaba sumergirle. Tiempo atrás, había anidado espacio entre ambas fábricas, los terrenos incultos que Jordán poseía en la falda de los Montes Bleuses. Ahora las últimas casas de la Crécherie llegaban á doscientos metros del Abismo. La ola que iba á batir contra él, ¿no le cubriría; no le arrastraría, reemplazándole con su triunfal alegría y salud floreciente? También el viejo Beauclair estaba amenazado. Un extremo de la ciudad naciente marchaba hacia él, iba á barrer el negro y pestífero lugarón obrero, nido de dolor en que agonizaba el salario. A veces Lucas, el fundador de la ciudad, la miraba crecer haciendo salir del suelo el Beauclair de mañana la mansión feliz. Todo Beauclair se conquestraría de monte á monte; las gargantas de Brias se llenarían de casas alegres, entre verdores, llegando á los campos inmensos, fértiles de la Rumaña. Faltaban años, pero él ya veía la ciudad futura.

Una tarde, Bonnaire le trajo á Babette, la mujer de Bourron, que le dijo, siempre alegre:

—Pues, señor Lucas, el caso es que mi marido quisiera volver á la Crécherie. Pero como se marchó de tan mala manera, no se atreve á venir... y vengo yo.

Bonnaire añadió:

—Hay que perdonar á Bourron, á quien el desgraciado Ragú dominaba. No es malo, es débil, y podremos salvarlo.

—¡Venga Bourron!—gritó Lucas alegre.—No quiero la muerte del pecador, al contrario. Muchos se abandonan pervertidos por los compañeros. Bourron servirá de ejemplo.

Nunca se había sentido más feliz; la vuelta de Bourron le pareció decisiva, aunque el obrero ya valía poco. Pero rescatarle, salvarle, era una victoria sobre

el salario. Y además, otra casa para su pueblo; una ola tras otras olas, haciendo subir la marea que había de llevarse el mundo viejo.

Otra tarde vino Bonnaire pidiéndole que admitiera á otro obrero del Abismo, pero no insistió, por lo poco que valía su recomendado.

—Es el pobre Fauchard, que se decide. Ya recordará usted que anduvo dando vueltas para venir varias veces. No podía resolverse á nada, temía escoger, abrumado, entontecido, aniquilado por el trabajo. No es un hombre, es una rueda desvenjada. Temo que no podamos hacer nada de él.

Lucas recordaba sus primeros días en Beauclair.

—Sí, ya sé; tiene una mujer, Natalia, ¿no es eso? que se queja mucho, y que siempre anda á caza de quien la fie. Y tiene un cuñado, Fortunato, que no tenía todavía dieciséis años, muy pálido, pasmado, víctima ya del trabajo maquinal y antes de tiempo; ¡infelices!... Pues bien, que vengan todos, ¿por qué no? ¡Será un ejemplo más, si podemos hacer de Fauchard un hombre libre y contento!

Y añadió alegre:

—Una familia más, una casa más. Bonnaire, ¿lo ve usted? Esto se va poblando, caminamos hacia la gran ciudad de que le hablé desde el primer día en que usted no quería creer. ¿Se acuerda? Me seguía usted por gratitud... ahora ¿está usted convencido?

Bonnaire, con algún embarazo, tras de una pausa dijo con franqueza:

—¿Cuándo se convence uno del todo? Hay que tocar los resultados con la mano. La fábrica prospera sin duda, crece nuestra sociedad, el obrero vive mejor, hay algo más de justicia y de felicidad; pero usted conoce mis ideas: todo esto es todavía el salario maldito; no veo que se realice la sociedad colectivista.

Sólo como teórico se defendía. No soltaba sus ideas, pero tenía fe admirable en el trabajo, y gran valor y actividad. Era el héroe obrero; el verdadero jefe que había decidido de la victoria de la Crécherie dando á los compañeros un paternal ejemplo de solidaridad. Cuando se presentaba en los talleres, tan alto, tan fuerte, tan honrado, todos le alargaban la mano. Ya estaba

más convencido de lo que decía; muy contento viéndolo á los camaradas sufrir menos, gustar de todo, morir en sanas viviendas, rodeadas de flores. Ya no moriría sin ver cumplido el anhelo de toda su vida, que hubiese menos miseria y más equidad.

—Sí, sí—dijo Lucas riendo,—la sociedad colectivista la realizaremos, y algo mejor; y si no somos nosotros, serán nuestros hijos, los hijos queridos que criamos para eso. Confianza, Bonnaire; el porvenir es nuestro, pues nuestra ciudad crece, crece sin cesar.

Y con un ademán mostraba, entre los árboles nuevos, los techos de las casas con azulejos de colores que alegraba el sol poniente. Y siempre volvía á las tales casas, como vidas que su aliento parecía sacar de la tierra y que vela realmente en marcha, cual un ejército pacífico que iba á sembrar el porvenir sobre las ruinas del viejo Beauclair y del Abismo.

Pero había más, no hubiera bastado este triunfo; lo decisivo era que también el pueblo aldeano, en Combettes, triunfaba á su vez con el esfuerzo común, el lazo entre la aldea y la fábrica. Allí también se estaba empezando, pero, ¡qué promesa de prodigiosa fortuna! Desde el día en que el alcalde Lenfant y el adjunto Ivonnot, reconciliados, habían hecho á todos juntar sus tierras en un dominio de centenares de hectáreas, había aparecido una fertilidad extraordinaria. Hasta entonces, sobre todo en los últimos años, la tierra parecía declarada en quiebra, como en toda la inmensa llanura de la Rumaña, antes tan fecunda, ahora triste, cubierta de espigas ruines y escasas. Era esto efecto de la ignorancia testaruda de los hombres, de la pereza; los métodos anticuados, la falta de abonos, de máquinas y de concordia. ¡Qué lección la que daba Combettes! Compraban á crédito los abonos, se procuraban útiles y máquinas en la Crécherie, á cambio de pan, vino y legumbres. Estaba su fuerza en no aislarse, en el lazo solidario ya indestructible entre la aldea y la fábrica; era la reconciliación, antes imposible, del aldeano y el obrero. Combettes y la Crécherie se necesitaban mutuamente. Milagroso espectáculo el de esta llanura renaciente, antes casi abandonada, cubierta ahora de ricas mieses. Entre las demás

tierras, parecía Combettes un mar pequeño de verdura que toda la comarca miraba estupefacta y al fin con envidia. Otras aldeas querían ya seguir el ejemplo. Los alcaldes del Fleauranges, de Lignerolles y de Bonneheux hacían proyectos de sociedades, recogían firmas. Pronto crecería aquel mar verde, hasta que toda la Rumaña no fuera más que un solo dominio, un solo océano pacífico de trigo que bastara á sustentar á todo un pueblo feliz.

Con frecuencia, Lucas, por gusto, daba largos paseos á pie á través de aquellos campos fértiles, y á veces encontraba á Feuillat, el colono del Boisgelin, paseando también, con las manos en los bolsillos, mirando con aire silencioso y enigmático brotar aquella riqueza del campo bien cultivado. Sabía Lucas que de él era la iniciativa de todo aquello y quien todavía aconsejaba; y le sorprendía mucho ver la miseria en que dejaba las tierras que había arrendado, el dominio de la Guerdache, cuyos campos pobres eran una mancha, un desierto inculto junto á la fertilidad de Combettes. Un día le dijo:

—¿No se avergüenza usted un poco de cultivar tan mal sus tierras, viendo las del otro lado del camino tan bien cuidadas? Por su propio interés debiera usted trabajar con la actividad é inteligencia de que sé que es muy capaz.

El colono, primero sonrió, callado. Después dijo sin miedo:

—Ay, señor Lucas, la vergüenza es un sentimiento demasiado fino para nosotros, pobres rústicos. Y en cuanto á mi interés, se reduce á sacar lo justo para vivir de estas tierras que no son mías. Les saco el pan y basta; sería un tonto haciéndolas excelentes para enriquecer no más que al amo, al señor Boisgelin, que puede cada vez que acaba un arrendamiento echarme fuera. Para hacer de un campo un buen campo, tiene que ser de uno mismo, ó, mejor todavía, de todos.

Socarrón, se burlaba de los que dicen á los aldeanos: «Amad la tierra, amad la tierra!» Sí, eso quería él; pero también quería ser amado, es decir, no quería amarla en beneficio de otros. Su padre, su abuelo, su bisabuelo, la habían amado bajo el palo de los

explotadores, sin sacar más que miseria y lágrimas. Ya estaba harto; no quería más engaño; no más fecundar la tierra para que el propietario se lo llevara todo.

Tras de una pausa, añadió con ardor concentrado, en voz más baja:

—Sí, sí; la tierra de todos, para volver á amarla y á cultivarla. Yo espero.

Lucas le miraba, asombrado; en su actitud reservada adivinaba viva inteligencia. Tras el aldeano rudo y socarrón, distinguía un agudo diplomático; un precursor el cual veía claro el porvenir que llevaba el ensayo de Combettes á un fin remoto, que conocía él solo.

—De modo que si deja usted las tierras en ese estado, es para que las comparen con las próximas y se comprenda la lección... ¿Pero no es eso un sueño? Combettes nunca invadirá ni se tragará á la Guerdache.

Feuillat volvió á reír callado. Después dijo:

—Puede ser. De aquí allá, tendrían que pasar muchas cosas... En fin, quién sabe, yo espero.

Dió algunos pasos y añadió, abarcando con un ademán el horizonte:

—Eso no quita que esto adelante. ¿Recuerda usted cómo estaba todo? Y vea usted, vea usted ahora, con el cultivo en común, máquinas y ciencia, rebosan las cosechas; todo el país se conquista poco á poco. ¡Da gozo ver todo esto!

El entusiasmo del aldeano se comunicaba á Lucas. Si se sentía fuerte en la Crécherie, era porque contaba con aquel granero abundante. Y no veía con más placer el progreso de su ciudad de obreros que estos campos fértiles de Combettes que llevaban la onda de sus mieses, en océano sin límite, de un confín á otro de la Rumaña. Era el mismo esfuerzo, la misma civilización próxima, la humanidad que iba á la verdad, á la justicia, á la paz, á la dicha.

El efecto más inmediato del buen éxito de la Crécherie fué hacer comprender á las fábricas menores del país la ventaja de asociarse á ella. La Chodorgue, fábrica de clavos que compraba las materias primas á su poderosa hermana, se decidió primero y se

dejó absorber por interés común. Después la casa Hausser, que tenía la especialidad de las guadañas y podaderas, después de haber forjado sobre todo sables, también se asoció. Tardó más la casa Miranda y Compañía, que construía máquinas agrícolas, y uno de cuyos propietarios, reaccionario, luchaba contra toda novedad; pero ante una crisis grave, se retiró, y el otro salvó la fábrica apresurándose á fundirla con la Créchérie.

Todas estas casas, así arrastradas en el movimiento de asociación, emitían acciones, aceptaban los mismos estatutos, el reparto de los beneficios basado en la alianza del trabajo, del capital y de la inteligencia. Llegaban á constituir una sola familia en cien grupos diversos, dispuesta siempre á recibir nuevas adhesiones, pudiendo así extenderse á lo infinito.

En Beauclair, asombrado, desconcertado, llegó al colmo la alarma. Entonces qué, ¿la Créchérie iba á crecer sin cesar, el pueblo mismo, después de las fábricas, y después de la inmensa llanura iban á ser no más las dependencias, el dominio, la carne misma de la Créchérie? Turbados estaban los corazones, los cerebros empezaban á preguntar dónde estaba el interés de cada cual, la fortuna posible. En el círculo de los comerciantes, entre los almacenistas, sobre todo, aumentaba la perplejidad, viendo bajar la venta; temían tener bien pronto que cerrar la tienda. La locura fué general cuando se supo que Caffiaux, el especiero tabernero acababa de entenderse con la Créchérie para que su casa fuera un simple depósito, una especie de sucursal de los Almacenes Generales. Mucho tiempo había pasado por agente del Abismo, algo espía de la dirección, envenenando al obrero con alcohol, vendiéndose en seguida á sus jefes, pues la taberna es el más firme pilar del salario. En todo caso, no era trigo limpio; acechaba la victoria del más fuerte, siempre dispuesto á la traición, enemigo de quedar debajo. Aumentó la inquietud viéndole pasarse tan fácilmente á la Créchérie. El movimiento de adhesión se aceleraba con la fuerza decuplada de la velocidad adquirida. La guapetona señora Mitaine, la panadera, no había esperado la conversión de Caf-

fiaux para aprobar lo que sucedía en la Créchérie, y estaba dispuesta á asociarse, aunque su panadería seguía floreciente, gracias á su bondad y belleza, que la hacían popular. Sólo el carnicero Dacheux se emperaba con el furor sombrío de la ruina de todas sus ideas; prefería morir en medio de los últimos cuartos de res, el día en que ya no encontrase un burgués para comprarle la carne á su precio; y el caso llegaría; la parroquia le dejaba poco á poco, y tanto rabiaba, que la apoplejía amenazábale como un rayo.

Un día, Lacheux fué á casa de Laboque, para donde citó á la señora Mitaine. Se trataba, decía, de los intereses morales y comerciales de todo el barrio. Se decía que los Laboque, para evitar la quiebra, se pasaban á Lucas, y se hacían simplemente depositarios de la Créchérie. Desde que ésta cambiaba directamente sus productos por el pan de Combettes y de otras aldeas sindicadas, los Laboque habían perdido los mejores parroquianos, los aldeanos de los contornos, sin contar los consumidores de Beauclair, que economizaban mucho comprando en los almacenes de la fábrica, abiertos ya todos. Era la muerte del comercio, tal como se había entendido hasta entonces, como intermediario entre el productor y el consumidor encareciendo la vida, parásito de las necesidades ajenas. Rueda inútil que comía fuerza y riqueza, y cuya desaparición era segura ante un ejemplo que probaba con qué facilidad se le suprime, en bien de todos. Esto lamentaban los Laboque, en medio de su bazar desierto.

○ Cuando Dacheux se presentó, la señora Laboque, negra y flaca, estaba en el mostrador desocupada, sin ánimo ni para hacer media; mientras el marido, con ojos y nariz de hurón, iba y venía como alma en pena entre las cajas de mercancías, cubiertas de polvo.

—¿Sabe usted lo que me han dicho?—gritó el carnicero congestionado.—¡Que es usted un traidor, que está á punto de entregarse! ¡Usted que perdió su pleito con el bandido que juró su muerte aunque dejara la piel en la demanda! ¡Y ahora se nos pasa, nos deja!

Laboque se enfadó,

—¡Va usted á dejarme en paz; bastantes disgustos tengo yo! Al pleito estúpido, ustedes todos me lanzaron. Ahora de fijo no me trae usted dinero para pagar mis vencimientos del fin de mes. ¡Pues entonces, no me venga usted con canciones, ni con que si prometí ó no prometí dejar la piel!

Y señalando las mercancías, añadió:

—La piel ahí la tengo; y si no me las arreglo, los alguaciles estarán aquí el miércoles... Sí, señor, es verdad, ya que usted quiere saberlo; estoy en tratos con la Crécherie y firmaré esta tarde. ¡Dudaba todavía, pero ya me aburren demasiado!

Se dejó caer en una silla, mientras Dacheux, sofocado, furioso, sólo podía balbucir juramentos. Y tras el mostrador, sonó entonces la queja de la abrumada señora Laboque, en voz baja y monótona:

—¡Haber trabajado tanto, Dios mío! ¡Tanto sufrir al principio llevando la quincallería de pueblo en pueblo y luego los esfuerzos que costó! Abrir esta tienda y hacerla crecer. Y todo iba bien, la recompensa vendría. Una casa de campo para retirarse con sus rentas; y ahora todo se hunde, el pueblo se vuelve loco. ¡Yo no sé todavía por qué, santo Dios!

—¿Por qué? ¿Por qué?—gruñó Dacheux.—Porque esto es una revolución y los burgueses unos cobardes que no osan defenderse. ¡Pero yo, el mejor día, si me apuran mucho, cojo las cuchillas y ya veréis lo que es bueno!

Laboque se encogió de hombros.

—¡Bonito negocio!... Eso está bien cuando se cuenta con la gente; pero en vísperas de quedarse solo, lo mejor es seguir á regañadientes á los demás. Caffiaux lo ha entendido.

—¡Valiente sinvergüenza!—rugió el carnicero.—¡Un traidor, un vendido! Ya sabréis que ese bandido, el señor Lucas, le ha dado cien mil francos por abandonarnos.

—¡Cien mil francos!—repitió el quincallero echando chispas por los ojos, haciendo ver una ironía escéptica;—quisiera que me los ofreciese á mí, que pronto se los tomaba. Es necedad obstinarse. Lo prudente es siempre estar con los más fuertes.

—¡Qué miseria, qué miseria!—añadió la señora Laboque, quejumbrosa.—Esto es el mundo al revés, el fin del mundo.

Oyó esto la señora Mitaine, que entraba.

—¡Cómo el fin del mundo!—dijo alegre.—Ahora mismo acaban de parir dos vecinas un par de cachorros. Y los chicos Augusto y Eulalia, ¿cómo están? ¿No andan por aquí?

No, ni ahora ni nunca andaban por allí Augusto, ya cerca de los veintidós años, era un apasionado de las artes mecánicas, y aborrecía el comercio; Eulalia, muy juiciosa á los quince, ya una mujercita de su casa, vivía casi siempre con un tío colono, de Lignerolles, cerca de Combettes.

—¡Oh, los hijos, si hubiera que contar con ellos!—dijo la señora Laboque en nuevo lamento.

—¡Todos ingratos!—declaró Dacheux, que no se reconocía en su hija Juliana, robusta y hermosa señorita cariñosa, que á pesar de sus catorce cumplidos jugaba todavía con los pilluelos en medio de la calle de Brias.—¡Cuando se cuenta con los hijos, lo seguro es morir de miseria y á disgustos!

—¡Pues yo cuentó con mi Evaristo, vaya!—replicó la panadera.—Va á cumplir veinte años, y aunque no ha querido aprender el oficio de su padre, no reñiremos por eso. Los chicos salen con ideas diferentes de las nuestras, porque nacen para tiempos que no alcanzaremos. Yo, á mi Evaristo, sólo le pido que me quiera mucho, y eso es lo que hace.

En seguida expuso su caso con calma á Dacheux. Si había venido, llamada por él, era para que constase que cada comerciante de Beauclair debía conservar su libertad de acción. Ella no había entrado todavía en la asociación de la Crécherie, pero pensaba entrar cuando bien le pareciese, el día en que conviniera á los demás ó á ella misma.

—Evidentemente—concluyó Laboque,—yo no puedo hacer otra cosa; firmaré esta tarde.

Volvió á quedarse la señora Laboque, pronosticando el fin del mundo.

—Eso no, eso no—exclamó de nuevo la arrogante panadera;—¿cómo ha de acabarse el mundo si nues-

tros hijos pronto podrán casarse y tendrán hijos que se casarán á su vez para tener otros hijos? Unos empujan á otros, el mundo se renueva, ¡eso sí!... es el fin del mundo si usted quiere.

La frase fué de un efecto tan claro y decisivo, que Dacheux, exasperado, se fué, dando un gran portazo, llenos de sangre los ojos, amenazado de apoplejía. Era el fin de un mundo, el fin del comercio ínciuo y corruptor, que hace la fortuna de unos pocos con la miseria de los más.

El último golpe iba á trastornar á Beauclair. Hasta allí la Crécherie había triunfado atrayendo las industrias similares y el comercio menudo; pero ¡qué admiración el día en que se supo que el alcalde Gourier se pasaba á las nuevas ideas! No se asociaba, pues se bastaba á sí mismo, como decía con vanidad, pero creaba junto á la otra una asociación semejante; su gran zapatería de la calle de Brias se organizaba por acciones sobre la base ya experimentada del capital, el trabajo y la inteligencia, que dividían en tres partes el beneficio. Era un nuevo grupo, el del vestuario al lado del grupo del acero y el hierro. La semejanza fué mayor cuando Gourier logró sindicar á sastres, sombrereros, gorroneros, la lencería y la mercería. Se habló de un grupo más que un gran contratista de albañilería se ocupaba en crear asociando á los albañiles, á todos los obreros de construcciones, labrantes, carpinteros, cerrajeros, plomeros, pizarreros y pintores, vasto grupo que englobaría también á los arquitectos, los artistas, sin contar á los obreros del mobiliario, ebanistas, tapiceros, broncistas y hasta los relojeros y joyeros. No era más que una vegetación lógica, ejemplo de la Crécherie, que había sembrado esta idea de las agrupaciones naturales que brotaban por imitación. Se notaba, además, que un lazo general se establecía por encima de los grupos, lazo común que, dejándolos distintos, los reuniría algún día en una amplia reorganización social del trabajo, único código en la ciudad futura.

Pero la idea de librarse de la Crécherie, imitándola, pareció superior al talento de Gourier. Se atribuyó al consejo de Châtelard, el subprefecto, que se

obsurecía cada vez más, descuidado y tranquilo, según Beauclair, se transformaba. En efecto, almorzando en casa del alcalde, sin más testigos que Leonor, aún hermosa, Châtelard había dicho:

—Amigo mío, estamos perdidos. En París todo va mal, la revolución se acerca, todo eso se cae. Aquí, nuestro Boisgelin es un pobre hombre vanidoso á quien la Delaveau dejará sin un cuarto. Todos, menos el marido, sabemos á dónde van las ganancias del Abismo en su lucha heroica contra la quiebra, y ya verá usted pronto qué desastre. Así, que fuera necedad no pensar en sí mismo si no se quiere ser arrastrado en la ruina.

Leonor se alarmó.

—¿Está usted amenazado, amigo mío?

—¡Yo, no! ¿Quién piensa en mí? Ningún gobierno se tomará el trabajo de atender á mi humilde persona, pues tengo el talento de administrar lo menos posible, diciendo siempre amén á mis jefes, de suerte que paso por criatura de todos los ministros. Yo moriré aquí olvidado, feliz, hundiéndome con el último ministerio. En quien pienso es en ustedes, amigos míos.

Y explicó su idea, enumerando las ventajas de adelantarse á la revolución, haciendo de la zapatería Gourier otra Crécherie. Comprendía la vida nueva; en este pacífico funcionario tan escéptico, había brotado un verdadero anarquista, disimulado con aparente reserva diplomática.

—Por supuesto, yo tendré que desaprobado públicamente la conducta de usted. Le llamaré traidor, loco. Pero aquí en casa, le abrazaré, porque les habrá usted jugado una buena pasada, muy reproductiva. ¡Verá usted qué cara ponen!

Gourier, asustado, se resistió. Todo su pasado protestaba; su largo reinado de patrón le hacía rechazar la idea de no ser más que un asociado de centenares de trabajadores, de quien había sido hasta entonces dueño absoluto. Mas á pesar de las trazas, para el negocio era listo. Comprendió las ventajas del cambio y además se sintió contagiado por la fiebre de reformas que en las épocas revolucionarias enloque-